

§

La revelación

LUIS ∫ SALVAGO



Foto: Unidad Militar de Emergencias

LA REVELACIÓN

Muchas veces, cuando desde el otro lado de la celosía don Camilo adivinaba la quebrada figura del Pibe acercándose al confesionario, un frío repentino lo estremecía. Sentía hacía el hombre una pena ambigua: lamentaba ese cuerpo que los vicios habían llenado de marcas, de dientes perdidos, de un aspecto tan pálido y demacrado que había quien decía que había empezado a morir por la piel.

Por otra parte, muy secretamente, le satisfacía la infalible justicia divina, el castigo infligido por haberse entregado al pecado.

Arrastraba, además, un estigma: había nacido el mismo día de la erupción del Teneguía, y este hecho, por poco que se mencionara, formaba un poso en la memoria de los residentes, que recordaban a aquel niño cuyos gemidos se ahogaron con el rugir de un volcán. Vivía de alguna ayuda del Estado, de pequeños trabajos de

albañilería, y de algún dinero que el cura le daba por atender a sus palomas que anidaban en su campanario.

En cualquier caso, cada vez que se confesaba, don Camilo tenía sudores fríos, se achicaba en la silla, y agachaba la mirada como si pudiera esconderse entre los diminutos agujeros de la celosía. En cuanto se arrodillaba y a la par musitaban las sagradas palabras de salutación, el Pibe se lanzaba a confesar pecados, siempre veniales, que el cura perdonaba en el acto con tal de que acabara rápido y se marchara.

Desde hacía un tiempo, sin embargo, el Pibe no se marchaba. Remoloneaba. Se quedaba en el sitio piafando como un caballo, esperando que el cura le preguntara qué más deseaba. Entonces, de pronto, lanzaba una pregunta extraña, una pregunta que no venía a cuento, como por ejemplo: “Padre, si venimos de Dios, ¿para qué existen los padres?”, o “Padre, si la Virgen se aparece por aquí y por allá, ¿por qué nunca la he visto?”. Preguntas capciosas todas ellas que incomodaban al cura. Muchas veces, don Camilo se quedaba en silencio, por no saber qué decir. Otras, no podía ocultar su enfado, lo acusaba de blasfemo, de irreverente, y le decía que no volviera a confesarse si no existía una fuerza mayor.

Pero para el Pibe, todo en su vida eran fuerzas mayores. Y un día, cuando el suelo de la isla comenzó a temblar y un penacho de humo asomó por el cráter, pidió a don Camilo asistencia religiosa. Se arrodilló. Se santiguó, y después de enumerar una serie de muy leves pecados veniales, le dijo al cura que había tenido una revelación: una enorme colada de lava atravesaría el pueblo de parte a parte, abrasaría las casas, y tiraría el campanario como una ficha de dominó.

Aquellas palabras, pronunciadas por alguien que había nacido el mismo día de la erupción de un volcán, llenaron al cura de estupor. «¿De dónde vino esa

revelación?», preguntó. «Las palomas...». «¿Las palomas?». «Sí, me lo dijeron las palomas».

De pronto, le vinieron a la cabeza la lluvia de ceniza que una vez cubrió el pueblo, el fuego nocturno, las palomas muertas por los gases del volcán. Intentó recobrar la compostura, y le replicó que aquello que él decía no podía ser cierto, porque Dios ya había salvado el campanario hacía ya mucho tiempo, en aquella antigua erupción, y que si esa revelación no había sido un sueño, solo podía pensar que, una vez más, había vuelto a caer en las garras del vicio.

El Pibe se ofendió. Se alzó sobre la almohadilla del confesionario, y dirigiéndose al cura, declaró: «¡Pero yo ya me enderecé!», a sabiendas de que no le creería, como no le creía nadie en el pueblo.

Pero a los pocos días el suelo volvió a temblar. El penacho de humo se alargó, se tizó de rojo y una fina capa de polvo comenzó a cubrir las calles, los cristales, las pencas de aloe que flanqueaban los jardines. Cuando iba y volvía de los oficios observaba que sus zapatos perdían el brillo, y tenía que cepillarlos antes de volver a salir. Pero no fue hasta que vio a sus palomas aleteando en el suelo que un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sintió un frío extraño, un encogimiento del corazón. De camino a su casa entró en un bar solo por hablar con la gente, por encontrar en sus rostros una expresión de normalidad. Tan solo una mesa estaba ocupada. Cuatro hombres jugaban, daban golpes sonoros con las fichas del dominó. Se deleitaban con el ruido, con el encaje geométrico de las piezas que, extendidas sobre la mesa, dibujaban poco a poco los inequívocos trazos de una boca abierta. El aire no le pasaba por la garganta. Introdujo un dedo por detrás del cuello blanco. Tosió. Sintió el repentino deseo de volver a casa. Pagó la cuenta del café que no se había tomado y se apresuró por si en el camino le sorprendía alguna explosión.

Dejó encendida una pequeña lámpara para no dejar la habitación a oscuras. Procuró olvidarse del humo, de la ceniza, del volcán, pero cada vez que cerraba los ojos se le aparecía un rostro lleno de marcas, y una sonrisa con huecos de dientes. Si conseguía quedarse dormido, sentía que el suelo temblaba, y un edificio alto y delgado se derrumbaba sobre su cama.

Por la mañana recorrió el pueblo de aquí para allá. La gente, mientras tanto, cargaba los coches con sus enseres, abandonaba las casas, se adentraba en la carretera mirando a lo lejos, al cráter del volcán que había empezado a rugir. Sin embargo, don Camilo sentía la necesidad de buscar a ese hombre, quería que le confirmase que su vaticinio era cierto. Preguntó casa por casa, y en una de ellas, en los linderos del pueblo, encontró a la madre, pequeña, seria, avejentada. Mujer solitaria, vestida siempre de oscuro, que nunca salía de casa ni para ir a la iglesia. «No está», le dijo mirándole desde sus diminutos ojos. Don Camilo guardó silencio. «Tal vez tengamos que irnos», dijo señalando al volcán con un dedo.

Volvió al pueblo a buscarlo. Preguntó a todo aquel con quien se cruzaba, tocó alguna puerta, subió al campanario, no fuera que estuviera con las palomas, dándoles de comer. Agotado, buscó de nuevo el refugio del bar. Pidió otro café. Y al alzar la taza para dar un sorbo, descubrió que el Pibe estaba en la barra.

«Debo tomarte confesión», dijo acercándose a él. Él lo miró perplejo, vació la copa. Se secó los labios con la manga. «No estoy en pecado», respondió. «No importa», replicó el cura tirándole de la manga, «hay pecados que no ve el corazón».

El Pibe pagó la cuenta, y le dijo que si así lo quería debía ser en la iglesia, porque no era un bar un lugar adecuado para un sacramento. Don Camilo miró el campanario desde la ventana. Las palomas revoloteaban nerviosas. Un cielo turbio y oscuro se cernía sobre el pararrayos. «De acuerdo», accedió.

El hombre se arrodilló en el confesionario, juntó las manos, le dijo al padre que había pecado. Lo dijo con un ligero, pequeño titubeo, que el cura pasó por alto. «Tus pecados tienen solución. Dime, hijo, si es verdad aquello que me dijiste, lo del campanario...». «¿Lo del campanario?». «Sí, lo que te dijeron las palomas». Tras los rumbos de la celosía el Pibe vio el rostro desdibujado del cura, la seriedad de su gesto, una mano temblorosa que secaba su frente con un pañuelo. «Sí, es cierto», respondió, «como fichas de dominó».

Cuando las autoridades desalojaron el pueblo y vio a los agricultores recogiendo los plátanos demasiado verdes, don Camilo preparó una maleta con lo máspreciado. Pidió ayuda para trasladar el sagrario, los libros santos, los cirios gigantes que prendían en mayo. Su vida entera cupo en un pequeño camión. Antes de salir preguntó por la madre del Pibe. «Ya la recogieron», le dijo alguien.

Todas las mañanas desde su nueva casa, a corta distancia del pueblo, contemplaba el penacho de humo. Cada día más alto, cada día más fiero. Las explosiones se multiplicaron. Una lengua de lava, de piedra ardiendo, bajaba poco a poco por la ladera salvando el pueblo, pero abrasando las dehesas, los setos, las casas desperdigadas que encontraba a su paso. El aire olía a plástico quemado, a azufre, a las plantas que ardían al contacto del fuego.

El día en que le avisaron de que la lava se acercaba a la iglesia viajó hasta la mitad del camino. Necesitaba comprobar que aquel vaticinio no era más que el delirio de un hombre. Estaba seguro de que la lava se deslizaría por una vaguada, se sumergiría en el agua sin tocar el campanario.

Sin embargo, cuando escuchó gritar a la gente temió haberse equivocado. Un pequeño temblor sacudió la cruz sobre el tejadillo. Pensó que era su imaginación, pero luego las campanas crepitaron, temblaron las paredes, los ladrillos se desencajaron,

las ventanas se deformaron en una mueca de espanto. Un pichón volandero se lanzó por una ventana en un torpe aleteo. A los pocos minutos, el campanario se vino abajo.

La lengua de lava siguió adelante. Lamió la tierra, cubrió el campanario, y al pasar por el cementerio enterró de nuevo a los descansados.

De vuelta a su casa don Camilo pensó que no podía ser cierto, que lo sucedido era parte de un sueño.

Pasó así el mes primero, el segundo. Surgieron más coladas de lava. Otros pueblos desaparecieron bajo una capa de magma. Después de tres meses el volcán se apagó. Abajo, en la orilla, la lava había creado una nueva tierra. Es verdad que los peces hirvieron, eso decían, pero luego vio a la gente acercarse a pescar, a reclamar esas tierras que no eran de nadie, y eran de todos.

En la fajana se encontró una tarde con su feligrés. Estaba más delgado, más blanco, más doblado del cuerpo. Don Camilo se estremeció. Lo cogió del brazo, se asomaron al mar. Frente a un sol que se hundía le dijo que sentía mucho no haberle creído, que todo le pareció como un mal sueño.

El Pibe le retiró el brazo. «Ya le dije que me enderecé», dijo, grave. Se sonó la nariz y añadió: «las palomas necesitarán otro campanario».